

LA GRAN TRAVESÍA PÚNICA: ESPAÑA, CARTAGO Y AMÉRICA

Prof. JAIME GÓMEZ DE CASO ZURIAGA
Universidad de Alcalá

RESUMEN

Ciertos textos clásicos hablan de que los cartagineses descubrieron en sus navegaciones una gran isla en el Océano. Los historiadores de Indias españoles, debido a las circunstancias políticas y a los prejuicios científicos de los SIGLOS XVI-XVII, dieron la noticia por cierta y reflexionaron o fantasearon sobre tal expedición. Con ello sentaron las bases de una leyenda que se ha prolongado en el tiempo.

SUMMARY

Some classic texts speak on the fact that the Carthaginians discovered in their navigations a great island in the Ocean. The Spanish *historiadores de Indias* broke the news as certain mostly due to the political circumstances and to the scientific prejudices of their time, and in that atmosphere they reflected or daydreamed on that expedition. With this they sat the bases of a legend that lasted in the history.

De todos los grandes viajes, el gran viaje por excelencia ha sido siempre el mismo: la travesía del Atlántico hacia lo desconocido para encontrar una tierra de promisión y riquezas, todo un continente ignorado. Ese ha sido el gran salto en la historia de las exploraciones.

Evidentemente, América ha quedado incorporada a Occidente a partir de los viajes de Colón; a partir de 1492. Hasta entonces, si alguien del viejo mundo había logrado llegar hasta allá y cruzar el Atlántico, su viaje había caído en el olvido o -simplemente- no había llegado a incorporarse de hecho y de derecho a la historia de la humanidad. De haberse realizado tal hazaña, habría sido la más solitaria y olvidada de todas las grandes exploraciones marítimas, de todas las múltiples singladuras que el hombre ha realizado para el conocimiento del mundo que habita.

Sin embargo, desde 1492, y -muy significativamente- siempre con posterioridad al descubrimiento español, han sido varias las culturas que directa o indirectamente han reivindicado el honor de haber realizado la gran travesía con anterioridad al primer viaje de Colón, y en estos quinientos años en uno u otro momento se ha afirmado, con mayor o menor fundamento, que portugueses, escandinavos, egipcios o púnicos habían logrado arribar a la tierra de más allá del Océano. No tiene sentido aquí polemizar sobre estos primeros descubrimientos, pero señalaremos brevemente que, en la actualidad, se considera que Colón pudo haber seguido hacia América la ruta de un anónimo navegante portugués, apropiándose del descubrimiento de éste. La hipótesis, por lo que veo, es antigua y he encontrado referencia a este hecho en historiadores de Indias¹. Que navegantes vikingos (noruegos y daneses) exploraron ampliamente el Atlántico Norte en los alrededores del año mil, es algo que no ofrece duda: colonizaron las Faroe, las Shetland, Islandia o Groenlandia. Las sagas vikingas hablan de asentamientos en *Vinland*, el país donde crece vino silvestre, al oeste de Groenlandia (*Grønland*, la tierra verde). De *Vinland* narran sus sagas la leyenda de un niño nacido allá de madre islandesa, y que una vez hecho hombre se bautizó², peregrinó a Roma y retornó a su país natal, donde vivió y murió como monje².

¹ Así, por ej., Francisco López de Gomara: *Historia General de la Indias* (Zaragoza 1553), ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1941, pp. 26-28. En general, sobre el predescubrimiento, MANZANO MANZANO, J.: *Colón y su secreto*, Madrid, 1982.

² Sobre esta leyenda, brevemente, ROBERTS, J.M.: *History of the World*, Londres-N.Y., 1980, pp. 389-392. Sin embargo la colonización de Groenlandia ya resultó muy efímera, débil y problemática para los escandinavos. Sus asentamientos degeneraron seguramente debido a un avance de los hielos

A pesar de que la Alemania hitleriana de los años 30 y 40 reivindicara este primer descubrimiento vikingo de América en nombre, no de los escandinavos daneses o noruegos como una cultura o civilización diferenciada, sino en el más genérico de los “germanos del norte”, y lo hiciera como si esa hazaña empequeñeciera los descubrimientos colombinos y acentuase el protagonismo histórico germánico³; pese a ello, fueron los historiadores de Indias españoles del XVI, como López de Gomara los primeros que pusieron de relieve la estrecha relación entre “Scandinavia, Grutlandia, Thile (el mítico Tule) y la tierra que llaman del Labrador”⁴, tierra que él, López de Gomara, consideraba unida a “Grutlandia” (Groenlandia) y descubierta por los navegantes vikingos. Evidentemente, nuestros historiadores de Indias no veían en qué podía esta hazaña empequeñecer el descubrimiento y conquista españoles.

De todos esos pueblos, pues, que con mayor o menor apoyo de sus sucesores históricos, han defendido haber realizado la gran travesía con anterioridad a Colón, todos ellos civilizaciones marineras que, de un modo u otro, ocupan junto con Grecia, Gran Bretaña, Italia y España, los más altos puestos en la historia de las exploraciones navales, el que reivindicó más tempranamente el haber llegado a América antes que Colón fue el cartaginés. Naturalmente tal reivindicación fue indirecta: la civilización púnica había desaparecido más de 1.600 años antes del viaje del genovés y su flotilla española.

y a la hostilidad de los nativos. Su probable contacto con la costa este de Canadá, aunque pudo dar lugar al asentamiento semiestable de Newfoundland, esporádico y demasiado dependiente de los ya problemáticos asentamientos groenlandeses, acabó por carecer de continuidad y trascendencia históricas. También, brevemente, sobre la navegación y comercio vikingos, JENSEN, J.: *Prehistory of Denmark*, Copenhague, 1993, pp. 118-122. Más concretamente sobre las exploraciones en el Atlántico Norte, las distintas expediciones a Vinland y las sagas, los ya clásicos, BRØGGER, A.W.: *Vinlandfabrtten*, Hamburgo, 1939; BRØNDSTED, J.: *Northmen in North America before Columbus*, Copenhague, 1954; HENNIG, R.: *Terrae incognitae*, vol. II, Leiden, 1950. Más modernamente, INGSTADT, H.: *Die erste Entdeckung Amerikas*, Frankfurt-Berlín, 1966; MORISON, S.E.: *The European Discovery of America. The Northern Voyages*, N.Y.: Oxford Univ. Press, 1971, pp. 32-80; PÖRTNER, R.: *Die Viker Saga*, Düsseldorf, 1971, pp. 57-76. WILSON, D.: “Los escandinavos y sus predecesores”, en TALBOT RICE, D. (Dir.): *The Dark Ages*, Londres, 1967; vers. esp.: *La Alta Edad Media*, Barcelona, 1975, pp. 235-240.

³ Así especialmente, por ejemplo, Neckel y Steche. Véase NECKEL, G.: *Die erste Entdeckung Amerikas durch die Nordgermanen*, Leipzig, 1934. STECHE, Th.: *Wikinger entdecken Amerika*, Hamburgo, 1934

⁴ Véase Francisco López de Gomara: *Historia general de las Indias* (1553), ed. cit., Madrid, 1941, pp. 26-28.

Curiosamente, como en el caso escandinavo brevemente comentado, fueron también los españoles, quienes comenzaron a atribuir, en la década de los años 30 del SIGLO XVI, el descubrimiento y hasta la colonización de América a los cartagineses⁵. La hipótesis, cuyo origen analizaremos, ha tenido, como en el caso escandinavo, una larga historia y vigencia, llegando la polémica hasta nuestros días⁶. Pero a nosotros ahora lo que nos interesa es su origen y forma en la España del SIGLO XVI.

Gonzalo Fernández de Oviedo⁷ partió de un texto pseudoaristotélico, en el que se habla de una gran isla despoblada al occidente del mar Exterior, descubierta y colonizada por los cartagineses. El texto clásico es claro: “Se dice que más allá de las Columnas de Hércules, una gran isla fue descubierta por los cartagineses. Tenía bosques y toda clase de ríos navegables y toda clase de frutas.

⁵ Probablemente la primera obra en la que se reivindica para la civilización púnica el descubrimiento y conquista de América sea en la de Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias*, Sevilla, 1535-37. De ello habla especialmente en los capítulos I a III de su primer volumen.

⁶ Los jalones que han mantenido viva la hipótesis de las navegaciones púnicas a América han sido, con posterioridad a su origen en los SIGLOS XVI-XVII, que son las que analizaremos a continuación, el posible descubrimiento de unas monedas fenicias y el de un pretendido epígrafe púnico en Brasil; este último en Panázaribe en 1870, y las monedas en Azores (SIGLO XVIII). En general, sobre esta inscripción, más trascendental para el tema que nos ocupa, JOFFILY, I.: “L’inscription phénicienne de Parahyba”, *ZDMG*, 122, 1972, pp. 22-36. Dicho epígrafe se considera generalmente una falsificación. Véase, por ej., GUZZO AMADASI, M.G.: “Sull’autenticità del testo di Parahyba”, *Oriens antiquus*, 7, 1968, p. 260. En general la posición científica actual sobre el hipotético descubrimiento púnico en MANFREDI, V.: *Le Isole Fortunate*, Roma, 1993. ACQUARO, E.: “Cartaginesi in America: una disputa del XVI secolo”, *Actes du 3^e Congrès International d’études des cultures de la Méditerranée Occidentale*, París, 1985, pp. 99-103. GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., PÉREZ LARGACHA, A. y VALLEJO GIRVES, M.: *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá, 1994, pp. 136-142.

⁷ Gonzalo Fernández de Oviedo: *Loc. cit.* Gonzalo Fernández (o Hernández) de Oviedo y Salas (1478-1557) fue -fundamentalmente- un político y un militar. Hizo (por lo menos) doce veces la travesía entre España y América y fue en este último continente donde desarrolló lo mejor de su actividad política, al contar con la absoluta confianza, tanto de Fernando II/V, el Católico, como del emperador Carlos. Fue un erudito reconocido en su época y terminó sus días como cronista de este último monarca. Escribió múltiples obras, incluso de literatura, pero la más importante e influyente de todas parece ser la que nos ocupa: *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano*, ingente obra en 20 volúmenes publicada entre 1535 y 1537 en Sevilla y Salamanca, reeditada con fidelidad por la Real Academia de la Historia en 1851. Sobre su vida y obra, brevemente: PÉREZ DE TUDELA, J.: “Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *Historia General y Natural de las Indias*, Madrid: B.A.E., 1957. Sobre su significación y algunos aspectos de su obra: VV.AA.: “La significación del cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *América y la España del SIGLO XVI*, vol. I, Instituto “Fernández de Oviedo”(C.S.I.C.), Madrid, 1982, pp.11-133.

Los cartagineses la frecuentaban debido a su riqueza e -incluso- algunos vivían allí. Pero las autoridades de los cartagineses anunciaron que castigarían con la muerte al que promoviese viajes a esa isla y mataron a sus habitantes (colonos), con el fin de que no pudiesen contar la historia y para que nadie pudiese tomar posesión de ella y así quitarles la prosperidad a ellos, a los cartagineses”⁸.

La autoridad de los clásicos no era objeto de discusión en plena fiebre renacentista del SIGLO XVI y el texto, considerado entonces -además- como genuinamente aristotélico, resultaba una fuente segura. Para Fernández de Oviedo el paralelismo entre la hipotética tierra (isla) descubierta por los cartagineses y la descubierta por Colón (La Española) resultaba sencillamente incuestionable. Por eso, inmediatamente, el resto de los historiadores de Indias se hicieron eco de la hipótesis de Fernández de Oviedo. Así, por ejemplo, unos catorce años después, en 1552, Bartolomé de las Casas, en su famosa e influyente *Historia de las Indias*, cita textualmente, vertido al latín, el texto aristotélico descubierto (?) por Fernández de Oviedo y, como él, cree ver señales del conocimiento del continente del Oeste en el mundo clásico; especialmente en Ptolomeo, Platón (mito de la Atlántida) y Plinio⁹; aunque -curiosamente- de las Casas no se hace eco de todo ello en su *Apologética Historia sumaria*, ni en su *Breve resumen del descubrimiento y destrucción de las Indias*. Tampoco de la posible navegación y colonización cartaginesa de América, por lo que el asunto quedó en conocimiento más bien minoritario, restringido a historiadores y académicos y no al público más amplio de estas últimas obras.

Según de las Casas, más que los cartagineses, fueron los fenicios de Cádiz los descubridores de América. Para ello se basa en Diod. VI. 7 (nosotros no hemos identificado el pasaje de su cita)¹⁰ y -por supuesto-, como ya sabemos, en el pretendido texto de Aristóteles, del que saca sobre la marcha una curiosa conclusión, pues interpreta su final en el sentido de que los cartagineses “temían que otro imperio más poderoso que el suyo conociese el camino y la poblase (aquella tierra descubierta) y así iría en perjuicio de la libertad dellos”¹¹, de lo que se infiere el reconocimiento en el texto clásico de una cierta

⁸ Arist.: *De mirabilibus auscultationibus*, 836b/837a, ed. Loeb (Hett): Harvard, 1963, § 84, p. 271

⁹ Bartolomé de Las Casas: *Historia de las Indias* (Madrid, 1552), ed. Aguilar, 1927, p. 55 y ss.

¹⁰ Debe referirse a Diod. V 19-20; pasaje en el que el historiador siciliano describe con algún detalle la pretendida isla del Océano.

¹¹ *Sic. Ibidem*, ed. 1927, p. 56.

inferioridad púnica para mantener sus posesiones, frente a otras potencias de la época.

La razón dada por de las Casas (siguiendo el texto pseudoaristotélico) para que el gobierno cartaginés prohíba la colonización es curiosa porque, en esta época, pese a que nosotros pensemos que la debilidad del imperio púnico es crónica, no vemos quien pueda rivalizar con él en el atrasado y marginado occidente. Sobre todo porque de las Casas sitúa cronológicamente el descubrimiento púnico en los lejanos SIGLOS IX-VIII a. J.C.¹² Pero, en efecto, su hipótesis podría corresponderse con la situación política del imperio mediterráneo cartaginés de los SIGLOS IV-III, momento en el que situaron el viaje cartaginés otros historiadores españoles de la época.

Finalmente, como herencia de Fernández de Oviedo, de las Casas afirma resueltamente que estos cartagineses arribaron a la tierra firme y se asentaron en Cabo Verde y Brasil, polemizando con aquellos otros historiadores de Indias que, más apegados a los textos clásicos y a sus vagas descripciones, mantendrán que los hipotéticos navegantes sólo llegaron a islas caribeñas y jamás conocieron la tierra firme. Esta sí, sólo habría sido descubierta por la expedición española de Vesputio, ya que las exploraciones y asentamientos vikingos en el Norte también lo habían sido, según los españoles del renacimiento, sobre islas. También afirma, como de pasada, que los de Cádiz descubrieron el mar de los Sargazos.

He aquí, pues, dos aspectos que nos interesan especialmente de esta atribución de los españoles a los cartagineses de un primer descubrimiento de América: su cronología y su punto de llegada.

Respecto a este último aspecto, la ubicación del territorio de colonización púnica en América en Cabo Verde y Brasil nos puede dar alguna pista de una de las causas iniciales (pero no últimas) por la que los españoles pudieron reivindicar esta polémica navegación gaditano-cartaginesa a las Américas. Cabo Verde y Brasil fueron concedidas por el papa Alejandro, en virtud del tratado de Tordesillas, a la Corona Portuguesa. Naturalmente, un antiguo primer descubrimiento de estas tierras realizado desde las costas españolas (Cádiz) por marineros cartagineses de posible procedencia hispana modificaría, según los criterios historicistas del derecho internacional público de la época, las expectativas legales de soberanía sobre estos territorios a favor de la Corona Española. De hecho, se ha acusado frecuentemente a Fernández de

¹² *Ibidem*, p. 57.

Oviedo, el iniciador de la atribución de un primer descubrimiento de América a púnicos, antiguos españoles, de resultar un historiador de Indias “nacionalista”, en contraposición al “ecuménico internacionalismo” de de las Casas¹³, y se ha considerado que la disputa entre portugueses y españoles por los derechos de colonización de las nuevas tierras recientemente descubiertas, estaría en el origen de esta hipótesis sobre un primer (antiguo) descubrimiento de América¹⁴ y, por tanto, se asume que “la hipótesis de haber sido poblada América por las gentes del duodécimo rey de España, Hespero (pretende) defender la licitud del asentamiento español sin recurrir a la donación pontificia”¹⁵.

Sin embargo, a nuestro juicio, la disputa legal entre ambos estados, si bien pudo estar en el origen español de la teoría del viaje cartaginés a América, también pudo no estarlo. Al igual que, tal vez, finalmente, el caso de las monedas africanas de las Azores, en el muy improbable caso de que fuesen auténticas¹⁶, no prueba que las tierras a las que hacen referencia las citadas fuentes clásicas fuesen esas islas. Si tales monedas pensaban aducirse por los portugueses como prueba de que los navegantes de Cádiz no llegaron a América, con lo que tal precedente histórico no daría derechos a la Corona Española sobre Cabo Verde y Brasil, tal razonamiento no es concluyente: los hipotéticos navegantes pudieron haber tocado dichas islas y continuado su singladura hasta el otro lado del Océano. Es más, tales monedas reforzarían las pruebas, hasta ahora meramente teóricas, de navegaciones púnicas por el Mar Tenebroso y, además, serían un precedente histórico a favor de la soberanía española sobre las Azores, cosa poco conveniente para la Corona Portuguesa.

Más verosímil nos parece que el origen de la hipótesis de este primer descubrimiento descansase en aspectos concretos de la política conquistadora y, sobre todo, evangelizadora española. Así, se suele olvidar con frecuencia que la labor misionera española en América no tiene su origen en la mera voluntad de

¹³ Por ej., TORMO SANZ, L.: “La cristianización de las Indias en la Historia de Fernández de Oviedo”, *América y la España del SIGLO XVI*, Madrid, 1982, pp. 85-101, esp. p. 92 y ss.

¹⁴ Así Acquaro. Para él, cabe la posibilidad de que conecte con esta reivindicación española el hecho de que apareciesen monedas norteafricanas en las Azores: los portugueses podrían intentar probar que “ el país descubierto por los cartagineses no habría sido América, sino las Azores”. Cfr. ACQUARO, E.: “Karthager in Amerika: Ein Disput des 16. Jahrhunderts”, en HUSS, W. (Edit.): *Karthago*, Darmstadt, 1992, p. 395. y not. p.p. n° 12.

¹⁵ *Sic.* TORMO SANZ, L.: *Op. cit.*, p. 93.

¹⁶ Para el profesor GARCÍA MORENO tales monedas serían un montaje arqueológico portugués, como concluye en un artículo en prensa.

los reyes o en prejuicios religiosos de la época (que lo tiene), sino que era un compromiso asumido por un tratado internacional, aceptado como condición moral en la donación papal como cláusula *esencial*. De esta primera colonización se deduciría “que los españoles estarían obligados a enviar gentes de bien para la conversión a la verdadera fe de los indios”¹⁷, pues éstos ya habrían sido evangelizados y, un día, habrían vuelto a la idolatría intencionadamente, por lo que cabría ver la conquista de aquellas tierras, en muchos casos violenta y exterminadora, en cualquier caso contraria al espíritu y letra de la donación papal, como un castigo de Dios por los “vicios e idolatrías de los indios”¹⁸.

Estamos de acuerdo: son demasiadas las consecuencias políticas que se derivan de la implicación púnico-española en un primer descubrimiento de América, como para que no exista un trasfondo de política internacional y local en el origen de esta hipótesis. Pero, desde luego, nosotros creemos que en el origen de tal hipótesis también subyacen razones mucho más simples, exclusivamente conectadas con los prejuicios científicos del momento, con los prejuicios científicos del Renacimiento. De no ser así nunca habrían sido aceptadas las tesis de Fernández de Oviedo por de las Casas y otros historiadores posteriores más alejados de los prejuicios nacionalistas y políticos de éste, quienes, lejos de abandonarlas, intentaron perfeccionarlas. Creemos que la polémica histórica y geográfica sobre la soberanía y reparto de los nuevos territorios descubiertos y por descubrir carece ya de sentido a mediados del s. XVI. Cuando queda reducida a una pura cuestión académica, puesto que, en último término, anteriormente a ella, el diplomático Fernando II, rey de la Corona de Aragón y Regente a título de Rey de la de Castilla, la había saldado siguiendo criterios exclusivamente políticos. Por su parte la conquista y evangelización de América ya es un hecho y se ha realizado de una forma que, si bien parece fiel a la letra de los pactos internacionales y a los condicionamientos de la donación papal, de hecho se parece demasiado a la uniformización unionista de las últimas etapas de la Reconquista.

Así pues, terminada la polémica política y desviado el problema moral de la forma y fondo de la evangelización del indio americano fuera del terreno de los pactos internacionales, queda siempre el hecho científico de que ciertos pasajes de autores clásicos, cuya autoridad se prejuzga en el Renacimiento

¹⁷ TORMO SANZ, L.: *Ibidem*

¹⁸ Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general de las Indias*, vol. II, ed. B.A.E., vol. 117, Madrid, 1959, p. 116.

indiscutible, hagan referencia al conocimiento de estas tierras de occidente en el mundo antiguo, siendo atribuido su descubrimiento y colonización al mundo cultural púnico.

Evidentemente, no existe en las citadas fuentes clásicas, ni en el falso texto aristotélico, ni en Diodoro, referencia alguna que nos permita ubicar el lugar concreto del pretendido descubrimiento y colonización púnicos de América. De hecho las referencias en el mencionado texto clásico son tan generales que pueden corresponder a cualquier territorio de clima templado húmedo, subtropical o tropical. Por eso, la identificación precisa por parte de los españoles del segundo tercio del SIGLO XVI de Brasil y Cabo Verde como los lugares de la llegada y colonización cartaginesas, debe obedecer a todo este contexto político comentado y tal vez haya llegado hasta 1870, fecha del descubrimiento de Paranaribe, por inercia histórica y, quizá, con una intención política.

Respecto al segundo aspecto de este primer descubrimiento púnico de las Indias, el de su cronología, ésta resulta tan polémica para los historiadores españoles como su ubicación e igualmente variada. Sus extremos estarían marcados por las fechas atribuidas por de las Casas y las de Ocampo.

De las Casas data la gran travesía gaditana unos 800 años a. J.C.¹⁹, sin justificación heurística alguna. Florian de Ocampo, sin duda el historiador de Indias que trata con más atención y extensión el caso que nos ocupa²⁰, da una datación más lógica y corta, el 392 a. J.C. Más lógica porque de los textos clásicos citados infiere que la gran travesía púnica tuvo que producirse “en el intervalo de tiempo, quando los assientos entre Dionysio el tyrano de Sicilia, con los Cartagineses sus adversarios”²¹. Fue entonces cuando -según Ocampo- “salieron de Andaluzia navios Cartagineses, que descubrieron muy lexos d’España por el gran mar Océano de Poniente ciertas islas y tierras mucho grandes nunca sabidas ni vistas, que parecen muy semejantes a las que después

¹⁹ Bartolomé de Las Casas: *Historia de las Indias*, ed. Aguilar, Madrid, 1927, p. 57.

²⁰ Florian de Ocampo: *Los cinco primeros libros de la Crónica General de España* (Zamora 1544-1553), ed. de Alcalá de Henares, 1574-78, lib. III, cap. XX, pp. 117-118.

²¹ En efecto en el 392. La guerra entre Cartago y Siracusa había comenzado en el 397. La paz del 392, como claramente tiene en cuenta Ocampo, no es otra cosa que una tregua. Sobre el contexto al que hace referencia Ocampo, brevemente: Diod. XIII. 54,4; XIV. 7-16 y 18; 41-78; 87 y ss., XXII. 10,4; también Frontino (esp. Front. III. 4,3 y ss. y Orosio (Oros. IV. 6,10-15). Ocampo reflexiona sobre el momento histórico cartaginés partiendo de Diodoro.

los Españoles de nuestro tiempo hallaron y hallan cada día por aquellas mares que llamamos agora de las Indias”²².

El texto de Ocampo debe considerarse, con sus limitaciones, como el más científico y meditado de los dedicados al tema por los historiadores de Indias de nuestro s. XVI. Además, sintetiza y fija las teorías e interpretaciones que sobre el hipotético viaje púnico se habían dado hasta la fecha, al igual que, exactamente en el mismo momento, López de Gomara hace con el igualmente hipotético viaje escandinavo²³. De hecho, Ocampo, de sus amplios conocimientos históricos y de los textos clásicos señalados, infiere un cuadro completo de la empresa púnica. He aquí sus conclusiones:

El éxito de expediciones como las de Hanón e Himilcón animaron a los cartagineses a realizar empresas similares por el gran Océano de Poniente²⁴. La expedición no fue, por tanto, una *empresa oficial*, pues ello entraría en contradicción con la segunda parte del texto pseudoaristotélico. Tuvo que ser promovida y realizada, “a su riesgo”, por comerciantes y navegantes, con idénticos planteamientos y estructura que las citadas expediciones de Hanón e Himilcón. Luego, Ocampo exagera y violenta un tanto las descripciones (la que él supone aristotélica y la de Diodoro) de la tierra descubierta hasta hacerlas coincidir con un paisaje caribeño y establece que, de forma muy semejante a lo sucedido en el primer viaje de Colón, una parte de los expedicionarios permaneció en las tierras descubiertas, mientras otra parte regresó a Cartago con la intención de comunicar el hallazgo y regresar para tomar posesión de la isla (Santo Domingo (La Española) o Cuba, supone Ocampo). Pero las autoridades cartaginesas decidieron no emprender la colonización de aquellas tierras y no permitirla ni siquiera de forma privada, con lo que aquellos colonos quedaron

²² Ocampo: *Op. cit.*, p. 118.

²³ Ya citado. Francisco López de Gomara: *Historia General de las Indias* (Zaragoza 1553), ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1941, pp. 26-28.

²⁴ Estas expediciones las conoce Ocampo -probablemente- a través de la Historia Natural de Plinio (Plin. *Nat.* II. 169); aunque también pudo usar otras fuentes (como el propio texto *De mirabilibus auscultationibus*, ya comentado, donde también se habla de estos viajes). Sobre ambos viajes, brevemente, HUSS, W.: *Geschichte der Karthager*, Munich, 1985, pp. 75-85. También GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., PÉREZ LARGACHA, A. y VALLEJO GIRVÉS, M.: *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá, 1994., p. 137. Actualmente se discute la realidad histórica de estos viajes, al menos tal cual la describe la tradición griega. Véase especialmente GARCÍA MORENO, L.A.: “Precedentes grecorromanos de la navegación atlántica de Bartolomeu Dias: en torno al Periplo de Hannón”, *Actas del Congreso Internacional Bartolomeu Dias e a sua época*, vol II, Oporto, 1989, pp. 237-257.

abandonados a su suerte, al igual que unos 2.000 años después sucedería con la tripulación de la Santa María, la única nao del primer viaje de Colón.

En cuanto a las razones cartaginesas para no colonizar las tierras hipotéticamente descubiertas, aquí Ocampo nos da una muestra de su inexplicablemente controvertida talla como historiador²⁵, pues reflexiona profundamente sobre la propia situación del imperio púnico en aquel momento histórico (recordemos, según él, comienzos del SIGLO IV a. J.C.) para encontrar las causas de esta actitud cartaginesa. Así, concluye que la situación del imperio púnico a comienzos del SIGLO IV era tal que desaconsejaba la colonización, siquiera privada, de aquellas tierras lejanas recientemente descubiertas y ello por cuatro razones fundamentales:

En primer lugar, Cartago había comenzado a incorporar España a sus dominios económicos y no parecería sensato abandonar esta empresa o restar fuerzas para ella debido a una colonización mucho más lejana e incierta. Lejanía e incertidumbre y falta de infraestructura, serían para Ocampo una segunda razón para abandonar la empresa.

En tercer lugar, Ocampo señala la propia situación del imperio púnico en Africa. Juzga (desde la perspectiva de un español del SIGLO XVI) el territorio líbico-cartaginés pobre y sin interés económico, pero conocedor, sin duda, de episodios como los de Régulo y la guerra de los mercenarios, cree al gobierno cartaginés muy interesado a comienzos de este SIGLO IV en el control real de su hinterland africano²⁶.

En cuarto lugar, Ocampo señala la guerra de Sicilia como una de las razones de más peso para olvidar el descubrimiento de un nuevo territorio de colonización. Siracusa y Cartago están empeñados en una guerra por el control de la isla y en esta empresa deben concentrarse -para el español- los esfuerzos

²⁵ Florián de Ocampo (1499-1558) fue seguramente discípulo de Nebrija en Alcalá y se dedicó en principio a la política. Después del fracaso de la revuelta comunera, abandonó este camino y no fue represaliado, llegando a ser cronista de Carlos V. Trató temas de historia desde el primer momento, polemizando sobre la situación geográfica de la antigua Numancia y contradiciendo a los historiadores de la época, que la ubicaban en la actual Zamora. Cirot y otros franceses consideran su crónica una especie de fábula. En efecto, y más en el campo de la Historia Antigua, existían muchas fábulas en la época en toda Europa, sobre todo porque jamás se dudaba de los clásicos o de las sagradas escrituras como fuentes históricas fidedignas.

²⁶ En este punto queremos señalar a pie de página que, muy probablemente, un español de la época de Carlos V, imagina la situación de Cartago en Africa muy similar a la de plazas españolas como las de Melilla u Orán en su tiempo: fortificaciones y enclaves de una cultura "extranjera", siempre bajo amenaza de una población africana hostil.

cartagineses. Significativamente, a la guerra de Sicilia, entre Dionisio y Cartago, y a la participación de mercenarios españoles en ella, dedica Ocampo todo el capítulo siguiente de su *Crónica General*, el XXI.

Así pues, a partir de la síntesis de hipótesis anteriores y del análisis de las fuentes clásicas y de su contexto histórico realizados por Ocampo, el tema de un primer descubrimiento de América por los cartagineses queda fijado en torno a las mencionadas líneas maestras y, mientras la hipótesis española del viaje escandinavo de historiadores como López de Gomara, cae en el descrédito o el olvido, la del viaje púnico o púnico-español, se asume perfectamente. Las hipotéticas monedas africanas de las Azores debieron contribuir a ello, ya que representaban una evidencia arqueológica de navegaciones púnicas por el Atlántico; evidencia arqueológica de la que -en ese momento- carecía la hipótesis escandinava²⁷.

La teoría de Ocampo y de los historiadores de Indias españoles se extendió por Europa. Montaigne, en sus *Essais*, especula, no con la posibilidad de que los cartagineses llegasen a América, hecho que -siguiendo a los españoles- se da por cierto, sino con las causas políticas que pudieron hacer que no llevasen a cabo una colonización programática del continente²⁸. En España la historia "oficial" de Mariana²⁹ da el acontecimiento por hecho histórico y, tanto en cuanto al lugar de América al que llegaron los cartagineses, como respecto a la cronología, el influyente jesuita se limita a sintetizar las conclusiones de Ocampo de forma resumida: la isla (o tierra) americana descubierta habría sido La Española (Sto. Domingo); la época, durante la mencionada tregua en la guerra entre Dionisio y Cartago, alrededor del 392.

A partir de este momento no hay historiador que no se haga eco del hecho e incluso en obras claramente menores, dirigidas a un público más

²⁷ La presencia púnica en las islas atlánticas, sigue siendo a pesar de todo un tema abierto. Un breve estado de la cuestión en HUSS, W.: *Geschichte der Karthager*, Munich, 1985, pp. 69-70. También la citada obra de Manfredi. Ya clásico, el también ya citado en referencia a las expediciones vikingas, HENNIG, R.: *Terrae incognitae*, vol. I, Leiden, 1944, pp. 138-146. especialmente sobre estas monedas, bibliografía al respecto en MÂNOD, Th., en *Bull. de l'Inst. Fondamental d'Afrique Noire*, 35/2, 1973, pp. 231-238, 548-550.

²⁸ Michel de Montaigne: *Essais* (d. 1580), París, 1962, p. 202 y ss.

²⁹ Mariana dedica al acontecimiento el final del II cap. de su famosa *Historia general*, y sigue tan de cerca a Ocampo, que el siguiente lo dedica igualmente a la intervención de mercenarios españoles en la guerra entre Cartago y Siracusa en Sicilia. Juan de Mariana: *Historia general de España* (Toledo 1601), ed. Gaspar y Roig, Madrid, 1853, vol. I, p. 36.

amplio, como puedan ser los *resumtos historiales*, como el conocido del Ldo. Francisco de Zepeda³⁰, tiene la noticia su breve y escueto hueco: “Año 392. Navegaron tan adelante los de Cartago por el mar Océano, que ay quien dize que llegaron a la Isla Española, pero los de Cartago castigaron a los descubridores y vedaron tal navegación”³¹.

Y así quedaron las cosas. Algunas vagas referencias en los textos clásicos, junto con los prejuicios científicos y políticos del renacimiento español (y europeo), sentaron firmemente en la imaginación de nuestros historiadores la hipótesis de que los cartagineses, navegando por la mar Océano de poniente, habían tocado tierras de América casi dos mil años antes que Colón. Las pretendidas monedas púnicas de las Azores en el SIGLO XVIII, las condiciones, paisaje y ubicación de Madeira³², junto a la mencionada inscripción de Paranaribe en el XIX, vinieron a mantener viva la llama de este mito de la gran travesía púnica hasta adentrarse en la imaginación novelesca del mismo SIGLO XX³³.

Para la comunidad científica actual tal travesía es solamente una de tantas “fábulas de marinos”³⁴ y obedecería tanto a prejuicios griegos sobre las actividades marineras púnicas, como a lugares comunes de la época sobre los paraísos perdidos³⁵. Sorprenden, sin embargo, dos aspectos en esta historia. La seguridad con la que varios autores clásicos recogen la noticia de la existencia de tierras a varias jornadas de navegación hacia el Oeste, dentro del Océano, y los paralelismos del texto pseudorastotélico con el desarrollo de las primeras expediciones posteriores, el rápidamente abortado de las colonias escandinavas de Groenlandia, Markland y Vinland, y el propio primer viaje colombino, en el

³⁰ Francisco de Zepeda: *Resumpta historial de España desde el Diluvio hasta el año de 1642*, Madrid 1643.

³¹ *Sic.* Zepeda: *Op. cit.*, ed. cit., p. 15.

³² Gsell pensó que, realmente, Madeira corresponde a la tierra descubierta por los cartagineses en el Océano de la que habla el conocido texto pseudoaristotélico. Véase GSELL, S.: *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, vol. I, París, 1914, p. 521 y ss.

³³ Como ejemplo, en la conocida novela de HAEFS, G.: *Hannibal. Der Roman Karthagos*, Zurich, 1989.

³⁴ Así, *v.gr.*, Huss respecto al texto pseudoaristotélico y la presencia púnica en Madeira, *v.* HUSS, W.: *Op. cit.*, p. 31.

³⁵ Un estudio y valoración de las fuentes principales, el texto pseudoaristotélico y el pasaje de Diodoro, en GÓMEZ ESPELOSÍN, J. *et al.*: *Op. cit.*, “Una isla en el Océano”, pp. 136-142.

que también quedan como avanzada colonial un tercio de los expedicionarios, junto con los restos de una nave naufragada, la nao Santa María. Un último paralelismo literario: ni los pretendidos colonos púnicos de la Gran Isla del Océano, ni los más ciertos vikingos de Groenlandia y Vinland, ni los perfectamente conocidos españoles de la tripulación de la Santa María en la Isla Española, sobrevivieron a su empresa. Los dos primeros desaparecieron en la sombras de la historia para convertirse en mitos de las exploraciones. Los últimos, como avanzada de más y más naves en las que, ahora sí, colonos de las míticas tierras de levante, regresaron por el camino del Sol, como un día prometieron que harían los dioses barbados de las leyendas indias, esta vez para incorporar a su civilización, definitivamente y por la fuerza de sus armas, las islas y tierras firmes de la mar Océano de poniente: eran los *conquistadores*.